

# GEOGRAFÍA Y LITERATURA EN LOS ESCRITOS DE VIAJE DE JOSÉ MANUEL CABALLERO BONALD

**Juan Manuel Suárez-Japón**  
Universidad Pablo de Olavide

## RESUMEN

La lectura de textos literarios es una vía posible de conocimiento geográfico. El nuevo papel asignado a lo subjetivo en la Geografía propicia el uso de estas fuentes en la investigación geográfica y recupera una tradición de nuestra disciplina. Desde esos principios, se analizan aquí los elementos geográficos contenidos en la narrativa viajera de J.M. Caballero Bonald.

**Palabras claves:** Geografía cultural, paisaje, Doñana.

## ABSTRAC

Reading literary texts is a way to obtain geographical knowledge. The new role assigned to subjectivity in Geography makes possible the use of literary sources in geographic research, and, in fact it means the recovery of a tradition of our discipline. From this point of view, the geographic elements contained in J.M. Caballero Bonald's travelling narrative are analyzed.

**Key words:** Cultural Geography, landscape, Doñana.

No escapa la Geografía Humana, —como otras ciencias sociales—, a la compañía de las polémicas ni de las eternas confrontaciones teóricas, con las ha discurrido su largo itinerario. En modo alguno es intención de este artículo seguir incidiendo en ellas, ni reproducir de

nuevo las reiteradas argumentaciones de esas encontradas posiciones. Antes al contrario, parte de la voluntad de posicionarse entre quienes entienden que hay una vía posible para el conocimiento geográfico, —una más, sin aspiraciones hegemónicas—, en el complejo ámbito de lo subjetivo y, de un modo más preciso, en el ámbito de la actividad creativa y de la literatura. En este modo de aproximación al hecho geográfico, por lo demás, nos sabemos ubicado en una de esas tradiciones que han conformado nuestra ciencia, tanto en su dimensión teórica, como en su ejercicio práctico. Sabemos por ello que no es nuevo este intento de interpretar textos literarios, construidos con una intencionalidad alejada de los intereses de nuestra disciplina, y entenderlos como fuentes para un análisis geográfico<sup>1</sup>. Compartimos el convencimiento de que, aplicando su mirada propia, puede el geógrafo localizar en ellos una pluralidad de informaciones, incluso de incitaciones, acerca de sus objetos y hacer más completo su conocimiento de las realidades que estudia. Es lo que perseguimos ahora utilizando las aportaciones narrativas del escritor jerezano José Manuel Caballero Bonald.

No ignoramos que el significado de los textos literarios y su utilización como fuentes de análisis geográfico ha contado con oscilantes valoraciones, al compás de los propios desplazamientos históricos del pensamiento geográfico. No obstante, en nuestros días parece crecer al amparo de corrientes posmodernas que han sido capaces de trascender la rígida disociación entre verdad y belleza, tan acuñada en la tradición científica newtoniana (Berque, A., 1994) y que sitúan a la Geografía, tras un nuevo retorno, como una parte de la historia de la cultura (Sauer, C.O., 1963)<sup>2</sup>. Estas visiones modernas, en todo caso, nos han aportado un nuevo reconocimiento al papel del sujeto, —y no sólo del objeto—, en el proceso que conduce al conocimiento y han recuperado la añeja pero certera visión de la Geografía como un «punto de vista», de modo que «el conocimiento geográfico exceda de la literalidad escrupulosamente científica y sea algo que arraiga en el feraz y más vasto terreno de la cultura» (Ortega Cantero, N., 1987, 28-29). Más con ser interesante, además de oportuna, esta vuelta a la subjetividad, no debiera conducirnos a la rechazable actitud de ignorar el valor del conocimiento aportado por las vías racional-positivistas, de tan larga tradición en nuestra disciplina y en el ámbito científico. La incorporación de fuentes y de actitudes subjetivas en la tarea del geógrafo debieran, pues, venir a añadirse a las otras posibles, sin absurdas tentaciones excluyentes.

Advirtamos que esta revalorización del sujeto que mira, esta actual insistencia en destacar las relaciones existentes entre lo exterior y lo interior, esta necesidad de admitir sin estériles remilgos cientifistas que lo objetivo y lo subjetivo se complementan, nos devuelve a remotas tradiciones humboldtianas, como ha destacado Ortega Cantero (1987), lo que dota del suficiente aliento geográfico al simple hecho de admitir que, «el sujeto que conoce no permanece ahora pasivo ante el objeto, no se limita a transcribirlo o reflejarlo siguiendo códigos externos e inmutables; se empeña, por el contrario, en sentirlo, imaginarlo, recrearlo y comprenderlo» (Ortega Cantero, 1987). Además de en esos anclajes en el pasado de nuestra disciplina, esta

1 Una primera aproximación a estas cuestiones realicé ya en 1989 publicando un estudio sobre los componentes geográficos en la obra del antropólogo inglés Pitt Rivers: *La Grazalema de Pitt Rivers; una lectura geográfica de «Los Hombres de la Sierra»*. Sevilla (1989). Revista El Folk-lore Andaluz. N.º 3-4. Homenaje a J. Pitt Rivers. Fundación Machado. Pp. 239-245.

2 Citado en Vilagrasa, J. (1988). *Novela, espacio y paisaje: sugerencias para una geografía estética*. Estudios Geográficos. N.º 191. CSIC. Madrid. P. 273.

posición se sostiene también en el empirismo, en la personal experiencia de cada observador, porque en todo geógrafo, —en todo científico— que piensa sobre los paisajes, que reflexiona sobre las claves interpretativas de sus entornos, hay también un hombre que siente, que imagina, que sueña, a partir de esas incitaciones que la propia realidad le proporciona. Martínez de Pisón ha recordado que el paisaje es «el ámbito de las vidas. Pero no sólo de la supervivencia o del beneficio contable, sino también de los sentimientos» (Martínez de Pisón, 2000;17) No es preciso desechar nada y es bueno admitir que el análisis geográfico puede y debe integrarlo todo, que las imágenes, las sensaciones, los impulsos que se canalizan a través de los cauces subjetivos que nos relacionan con el exterior son válidos y necesarios para la culminación del conocimiento. Ciertamente que a veces esas prácticas exigen no sólo actitudes, sino incluso lenguajes propios, más cercanos a otros campos de la creatividad que al puramente geográfico; es decir, que requieren ejercitar consumadamente el lenguaje de la imaginación (Ortega Cantero, 1987); y eso deberá ser así porque, en palabras de Octavio Paz, «la aprehensión del espacio es instintiva, es una experiencia corporal: antes de pensarla y definirla, la sentimos»<sup>3</sup>. Y es por aquí por donde la literatura encuentra sus encajes más claros como posible instrumento de conocimiento geográfico.

En todo caso, las relaciones entre Geografía y Literatura (Ley y Samuel, 1978) deben ser precisadas con el fin de contextualizar las aportaciones literarias en que este estudio se apoya. Así, debiéramos diferenciar entre lo que son las literaturas geográficas, en sentido estricto, es decir, las que han sido obra de geógrafos en el ejercicio de su oficio, de las otras literaturas de interés geográfico, frutos de intenciones creativas de otro signo. Las primeras, nos conectan con una de las tradiciones de nuestra disciplina, que siempre contó con grandes descriptores, desde Martonne a Terán o Ribeiro (Carreras, 1988), desde Reclus a Bosque Maurel o García Fernández, entre otros muchos posibles. Las segundas nos trasladan a un ámbito en el que lo geográfico aflora de forma indirecta, —al menos no como objetivo buscado—, como parte de la ficción creativa (Vilagrasa, 1988) o bien como consecuencia de lecturas sensitivas del paisaje, emanadas desde impulsos subjetivos, cercanos a esos «paisajes interiores» (Martínez de Pisón, 1978), y que dan lugar a lo que Wright llamó «geosofía estética» (Wright, J.K., 1947-Randler, P.H. edit. 1984) que serían aquellas centradas en el análisis de los componentes geográficos en el arte y la literatura (Vilagrasa, 1988, 272). Estas aportaciones literarias ratifican el hecho de que en cada realidad geográfica conviven siempre una dimensión real y otra percibida y que es ésta última la que aporta el componente connotativo que acaban siendo también parte inseparable de la misma. Nadie pondrá en duda, a este respecto, que la percepción de Castilla es más completa integrando la poética machadiana, o que lo es Itálica con la elegía de Rodrigo Caro, o las marismas del bajo Guadalquivir evocadas en los versos de Villalón; o, por referirnos al autor del que nos ocuparemos, es un hecho que la narrativa mayor de Caballero Bonald ha añadido magia a la ya mágica naturaleza de Doñana (Ojeda, J. et al., 2000).

A caballo entre estas dos formas de conexión entre Geografía y Literatura están las llamadas «literaturas de viajes» (Gómez Mendoza, J., Ortega Cantero, y otros, 1988), donde intenciones descriptivas e impulsos subjetivos se muestran indisolubles. Su manejo como

---

3 Citada por Luis González Jiménez, (2001), «Lectura de los espacios o lectura del espacio»; en VV.AA. *Lectura del espacio. Espacio de la lectura*. Universidad de Extremadura. P. 49.

fuelle para la Geografía es una práctica frecuente especialmente para los estudios de procesos temporales, y es en el marco de la llamada Geografía Histórica donde encuentra el mayor número de cultivadores. Pero estos textos siguen produciéndose también en nuestros días y deben seguir atendiéndose como fuentes de conocimiento geográfico. Ciertamente se han despreciado en gran parte del valor, casi romántico, de los históricos, de acercarnos a lugares desconocidos, y que rara vez pueden adornarse ya con el aura de la aventura más o menos pionera. Pero en cambio estos textos viajeros contemporáneos nos aportan visiones subjetivas, perceptivas, de sus autores, de suerte que lo que pudiese mermar en interés informativo lo ganan como materiales para el análisis de las geografías subjetivas y de las percepciones espaciales. De ahí ese carácter de nexo o de síntesis posibles entre los dos modos, antes citados, de relación entre la Geografía y lo literario. Y es en ese ámbito de relatos viajeros contemporáneos, que combinan lo real con lo imaginado, el dato geográfico preciso con las percepciones del «sujeto que mira», en el que hemos realizado la aproximación a los elementos geográficos en la «narrativa viajera» del escritor jerezano.

## LO GEOGRÁFICO EN LOS ESCRITOS DE VIAJE DE JOSÉ MANUEL CABALLERO BONALD

Desde que en 1952 publicase su primer trabajo poético —«*Las adivinaciones*»— hasta sus últimas prosas («*Mar adentro*» (2000)), José Manuel Caballero Bonald (Jerez de la Frontera, 1926)<sup>4</sup> crea una obra amplia y diversa que le convierte en uno de los más destacados nombres de nuestra literatura contemporánea<sup>5</sup>. Sus inicios poéticos, vinculados a la generación de los cincuenta, se completaron más tarde con una narrativa en la que además de sus importantes novelas, —desde «*Dos días de septiembre*», (1962), hasta «*Campo de Agramante*» (1994)—, se ofrece una notable obra miscelánea en la que se combinan el ensayo, la crítica y la frecuente incursión en la literatura de viajes, que es la que contiene más elementos para una lectura en clave geográfica. En todas ellas afloran, —tanto en la obra de ficción como en esta otra de más sólidos asideros en la realidad—, una clara receptividad hacia determinados componentes geográficos, sociales y culturales de la realidad. Es más ostensible lo social en su primera etapa creativa, inserta en el «realismo social», que Caballero Bonald culminaría en su novela «*Dos días de septiembre*»<sup>6</sup>, en tanto que lo geográfico y lo cultural impregnan por igual una obra narrativa en la que el tiempo fue produciendo un sesgo hacia otros esquemas estéticos. En toda su narrativa el autor jerezano se instala, —casi con la permanencia propia de un dato estilístico—, en una clara preocupación

4 Existe una amplia información acerca del escritor y su obra en la web de la Fundación de su nombre, [www.fcbonald.com](http://www.fcbonald.com). Sus dos volúmenes de memorias personales, «*Tiempo de guerras perdidas*» (1995) y «*La costumbre de vivir*» (2001), constituyen desde luego sus mejores referentes biográficos.

5 En [www.fcbonald.com](http://www.fcbonald.com) existen enlaces que llevan a páginas con una amplísima relación de obras dedicadas a analizar la producción literaria, tanto poética como narrativa, de Caballero Bonald.

6 La novela relata, con gran precisión, la realidad de la vida rural en el marco de Jerez de la Frontera. En la misma, las cuestiones relativas a la injusticia social, derivada del funcionamiento funesto de las grandes extensiones latifundiarias, la explotación de hombre por el hombre, constituyen, sin duda uno de los centros básicos del relato; pero al amparo de ello, Caballero Bonald deja un retrato preciso de los modos de vida campesinos en estas regiones del sur andaluz, de sus habitats, de sus aperos, de sus expansiones festivas, de sus dramas, todo lo cual reviste a la obra de un gran atractivo para someterla también a una lectura en la clave relacional entre Literatura y Geografía que aquí estamos ya ensayando.

por el mundo de lo natural, por la Naturaleza en mayúsculas, cuyos misterios le provocan la curiosidad y la sorpresa que son siempre el arranque del conocimiento. Caballero Bonald muestra especial interés por los paisajes naturales, entendidos tanto en el prístino sentido biológico como en cuanto que territorios culturales creados por las recíprocas connivencias entre esa misma naturaleza y los hombres. Y en todo ello el autor se expresa con una cuidada mezcla de rigor y de habilidad literaria que dota a sus obras de un innegable interés geográfico y cultural.

Más, ante los diversos modos de relación entre la Naturaleza y los hombres Caballero Bonald no se comporta con la pasividad del observador que mira y describe, que nos traslada datos con la pareja frialdad de un acto notarial; por el contrario, en su literatura hallamos la expresión de una alianza sincera con la Naturaleza y una rebeldía frente prácticas capaces de ultrajarla con cualquier desvarío o egoísmo irreflexivo. Es una de las constantes de su obra narrativa, tanto de sus grandes novelas como del resto de su obra en prosa, y en particular en los textos viajeros, sobre los que vamos a proyectar nuestra mirada de geógrafo. Y aunque ahora no sea más que como insinuación de futuros y posibles trabajos de investigación, debe señalarse el valor de los componentes geográficos que se contienen también en los textos de ficción de nuestro autor, en sus novelas<sup>7</sup>. Tal vez contribuya a ello el que en todas ellas las tramas narrativas se desarrollan en un espacio que es siempre el mismo ámbito geográfico de la desembocadura atlántica del Guadalquivir y la sugestiva y extensa soledad de Doñana. Esta es su «tierra de Argónida», un territorio sustentado en elementos reales, de clara contextura geográfica recogida en certeras descripciones paisajísticas que, sin embargo, le han servido para construir un mundo reinventado, donde el autor ejercita todas las relaciones posibles que Joan Vilagrassa (1988) señala entre los espacios y los protagonistas de las novelas; relaciones que suelen ser casi siempre trasuntos de las propias lecturas subjetivas de los autores acerca de dichos espacios. En el caso de Caballero Bonald, este mundo ribereño del Guadalquivir y Doñana supone, al mismo tiempo, el universo donde se ejercita el lenguaje de su imaginación y también su espacio vivido<sup>8</sup>, sin que sea aventurado suponer que sean consecuencia el uno del otro. Por todo ello, sus novelas devienen también excelentes documentos para una Geografía de lo perceptivo o de lo percibido.

Insistimos en señalar que buscamos aquí la componente geográfica en la narrativa viajera de José Manuel Caballero Bonald, es decir, centrándonos en sus artículos de viajes<sup>9</sup> y tratando de estructurar con ellos una muestra significativa, —alejada de aspiraciones recopila-

---

7 Además de la ya citada «Dos días de septiembre» (1962), ha publicado «Agata ojo de gato» (1974), «Toda la noche oyeron pasar pájaros» (1981), «En la casa del padre» (1988) y «Campo de Agramante» (1992).

8 Desde hace decenios, José Manuel Caballero Bonald divide su residencia entre Madrid y su casa del paraje rural de la playa de Montijo, en Sanlúcar de Barrameda (Cádiz), en la orilla izquierda del Guadalquivir, frente al festón de arenas y pinares de Doñana que constituyen su horizonte más inmediato.

9 Caballero Bonald es autor de una muy extensa producción de textos en los que nos relata sus experiencias viajeras, gran parte de los cuales han ido apareciendo de manera dispersa, publicados en diversas publicaciones. Esta obvia dificultad que habría supuesto su localización se atenúa en gran medida por el hecho de que las partes más valiosas de los mismos han sido incorporados, o bien en sus dos obras de memorias personales, ya citadas, o bien conjuntados en algunos libros, entre los cuales «Copias del natural» (1999) es el que recoge la mayor cantidad de ellos. Por el carácter más monográfico de su contenido tienen también interés su «Cádiz, Jerez y los Puertos», publicado en 1963 y en recientísimo recopilatorio «Mar adentro» (2002), aunque también una parte de éstos relatos viajeros se incluyen en sus textos autobiográficos.

doras exhaustivas—, acentuando cuanto en ellos se relaciona con nuestros dos intereses, la Geografía y la Literatura. Advirtamos que estamos ante un autor para el que viajar supone la continuidad de la añeja aspiración de los viajeros históricos por descubrir lo nuevo o reencontrar lo conocido; el viaje sentido como una oportunidad para experiencias al margen de las ataduras cotidianas; un escritor para el que el viaje no se ha desentendido de los esenciales componentes de curiosidad y de romanticismo que movieron a todos los viajeros en todos los tiempos y que, como aquellos, solo reconoce una urgencia equiparable a la del inicial impulso de partir: la de contar a otros estas vivencias y convertirlas así en materia literaria<sup>10</sup>. El viaje ha formado una parte sustancial de la vida de Caballero Bonald y, a la inversa, su propia vida, —entre el azar y la voluntad—, le ha obligado a emprenderlos de manera frecuente. La suma de todo ello es una literatura viajera en la que hallamos desde referencias a paisajes cercanos, más próximos a sus «espacios vividos», hasta otras de geografías distantes, desde el trópico americano hasta los secarrales desérticos del Sahara. Son los textos que ahora leemos desde esta clave relacional entre la Literatura y la Geografía.

### «LO MEDITERRÁNEO» COMO ESCALA DE COMPRENSIÓN DEL MUNDO

En la obra viajera de J.M. Caballero Bonald, como en toda Geografía subjetiva, se advierte un claro vínculo entre quien mira y lo mirado y es justamente esa presencia de sus concepciones, del bagaje cultural de su mirada, lo que le resultará un eficaz instrumento de escala para valorar los espacios por los que se adentra. En sus diversos itinerarios este viajero, —ninguno lo hace—, jamás se desprende de su memoria, de sus orígenes geográficos y culturales mediterráneos, y sus descripciones relacionan siempre lo que ve y lo que ya había visto, lo nuevo y lo que ya conoce, los paisajes de distantes territorios con los que constituyen su entorno cultural, que funciona así como escala para la comprensión del mundo. En relación con ella Caballero Bonald mide las similitudes o las diferencias, las escalas modestas o desmesuradas. Y el lector encuentra también en ello un asidero que le facilita el entendimiento de cuanto se le está contando.

Numerosos ejemplos pueden aducirse de ello, así, recorriendo rutas del norte africano, el autor recuerda que *«cuando yo volvía al extremo sur peninsular, saltar a la orilla magrebí era como ir a pasar el día a un pueblo serrano. No se descubría nada nuevo, sino que se reconocían muchos aires comunes...las medinas insondables de Tetuán o Fez, los rincones domésticos de Chauen o de Asilah eran —son— gradualmente simétricos a los de mi entorno provinciano: Arcos o Zahara, Vejer o Benamahoma, Ubrique o Benaocaz, Alcalá de los Gazules o Medina Sidonia...»*; o expresa su decepción de viajero en Africa cuando nos advierte que atravesando el camino entre el aeropuerto de Túnez-Cartago hasta la avenida Habib Bourguiba, notaba *«una desavenencia afectiva atribuible, sin duda, al hecho de que el paisaje urbano que atravesaba no se distinguiera en absoluto del de una ciudad europea asomada al*

---

10 Bien es cierto que en la moderna sociedad a veces todo eso llega a producirse finalmente como meras respuestas a demandas profesionales, especialmente cuando se trata de escritores de suficiente reconocimiento. Se hacen y se cuentan los viajes por encargo. Y Caballero Bonald no ha escapado tampoco de tales contingencias, aunque la calidad de sus aportaciones no nos lo hagan notar.

*Mediterráneo*»<sup>11</sup>. Estas costas tunecina, donde se ha «desvaído tanto la identidad», harán también aflorar en él su actitud crítica ante las mixturas poco respetuosas con lo que conviene a cada espacio natural y a sus culturas: «¿A qué rincón del Mediterráneo pertenecen estas playas de rubias arenas y villas blancas, esta sucesión promiscua de centros turísticos modernos, ruinas púnicas y romanas y reductos árabes?...» junto a la melopea del muecín, la faramalla del turismo; junto al harapo del vagabundo oriental, el último modelo del modisto occidental; junto al morabito de los peregrinajes legendarios, el club de trazado ultramoderno; junto a las abluciones, las saunas. Demasiado para un neófito».

Y esa misma predisposición comparativa, que es su escala, nos la ofrece de nuevo en la ciudad Mejicana de Veracruz<sup>12</sup>, por su analogía con la ciudad de Cádiz: «Tal vez lo que más me sedujo entonces fue el tono, el aliento de Veracruz, que remitía de muchas maneras —justificadas o no— al tono y al aliento de Cádiz. Esa fragancia a bajar, a especias, a despacho de consignatario, a caoba barnizada por el salitre, y esa coloración entre blanca y atabascada, entre el albero y la calamocho, de las fachadas y zaguanes, suponían algo más que una coincidencia portuaria —ultramarina—, incluyendo la silueta adusta del fuerte de San Juan de Ulúa superpuesta a las del castillo gaditano de Santa Catalina». Referencias a la geografía de su memoria que saltan también, como veremos, en sus encuentros con otros lejanos parajes.

## LAS GEOGRAFÍAS DISTANTES: DEL DESIERTO AL TRÓPICO

La sorpresa aflora cuando Caballero Bonald descubre hechos que no encajan en sus escalas de interpretación geográfica, lo que sucede con frecuencia en sus recorridos por el trópico colombiano<sup>13</sup>, que le ponen frente a la necesidad de admitir otra valoración de las estaciones y de los comportamientos climáticos: «...No acababa de acostumbrarme a esa inaceptable desconexión entre la temperatura y el paso de las estaciones. Por supuesto que a 2,630 metros de altura —que es donde se encarama Bogotá— el verano no se refiere para nada a ningún metódico incremento del calor, sino al hecho de haber rebasado el ciclo anual de las lluvias. Pero esa ausencia de cambios climáticos me tenía bastante perplejo, como si realmente no estuviese capacitado para entender semejante subversión del almanaque..., y solo cuando inicia el descenso hacia los valles recuperaba «su» escala mediterránea del clima: «...Basta, sin embargo, ir descendiendo desde la altura de cóndor de la sabana de Bogotá para que el clima se vaya adecuando a la noción mediterránea del estío, sólo que con mayores peligros de asfixia». Más adelante volverá a insistir en este sorprendente descubrimiento

11 Los textos referidos a Túnez aparecen en «Túnez, luna menguante». El País. 1988 (en «Copias del natural», Alfaguara. Madrid. Pp. 17-38).

12 En «Cádiz e Iberoamérica». Diputación de Cádiz. 1974. (En Copias... pp. 102-106).

13 Entre los años 1960 y 1963 Caballero Bonald vivió en Bogotá, donde enseñó Literatura y Humanidades en la Universidad Nacional de Colombia. De este paso por las tierras suramericanas ha dejado amplia constancia en diversos trabajos y su libro «La costumbre de vivir» relata pormenorizadamente estos tres años de su vida. En relación con textos de viajes hay dos recogidos en «Copias del natural»; el primero de ellos es al que pertenecen estas reflexiones, «Aprendizaje de Colombia», (ib. pp. 39-42), que se publicó en El Mundo, el 5 de agosto de 1995, pero el texto está también inserto en el referido relato autobiográfico. El otro, igualmente presente en su autobiografía, se titula «Una travesía por el Magdalena», publicado en el diario colombiano El Espectador a lo largo del mes de octubre de 1960 y recogido en «Copias...» pp. 111-138.

de la «verticalidad» zonal que define al trópico: «*Conforme uno se descuelga de esos desfileros andinos, la naturaleza empieza a pulimentar los verdes vegetales con una suntuosidad portentosa. Un vaho selvático va sustituyendo al frígido aliento de la sabana*»... «*Un verano en versión superlativa surge así a poco menos de una hora del impasible otoño bogotano*».

Particular interés poseen también sus percepciones sobre el espacio sahariano<sup>14</sup>, en las que además de los datos «fisiográficos» Caballero Bonald añade sugestivas consideraciones sobre la «geografía humana» posible en estos secarrales, así como acerca de los vínculos que estos inhóspitos parajes suelen tener con el mundo de la leyenda y las ensoñaciones. El desierto provoca en nuestro autor el recuerdo de Paul Bowles, quien afirmaba que nadie que hubiese permanecido en el Sáhara durante algún tiempo seguía siendo la misma persona que era cuando llegó. Caballero Bonald nos resume la imagen geográfica del desierto como un «*paisaje desprovisto de paisaje*», a causa de la abrumadora planicie de unos horizontes que «*consisten en la consecutiva multiplicación de un mismo horizonte*». Una idea que, curiosamente, es similar a la que también le producen sus vecinos paisajes de la marisma del Guadalquivir, de los que dirá: «*este paisaje tiene algo singular: consiste en la insípida carencia de paisaje*»<sup>15</sup>. Y del desierto atrae la atención de Caballero Bonald el milagro de la supervivencia de sus pueblos, habitantes de tan duras geografías y, en relación con ello, ofrece la valoración que le merecen esos hitos de vida en medio de la aridez que son los oasis. «*...Herodoto supo entrever que esos enclaves de vegetación en medio de tantos inmensos territorios vacíos, —Sahara, Nubia, Nefud—, eran algo más que un alivio de caminantes o un sueño de extraviados: eran puentes que tendió la geobotánica para propiciar la supervivencia de numerosos pueblos errabundos... sin esos núcleos de vida comunitaria, los nómadas nunca habrían podido llegar a serlo realmente. Habrían sucumbido a poco de elegir sus primeras temerarias incursiones por el planeta invisible del desierto*». En el oasis enlaza el viajero las geografías físicas y humanas del desierto, como también la percepción geográfica y la literaria: «*aparte de un concepto geográfico, el oasis también incluye una idea netamente literaria, más o menos referida a los ornamentos paisajísticos de la aventura..., esos héroes anónimos que pueblan los oasis son los héroes que protagonizan un litigio perenne contra las embestidas inmisericordes de la soledad*».

Caballero Bonald se fija en estos hombres del desierto y en sus modos de vida y sobre ello nos deja algunas atractivas descripciones para nuestra óptica del geógrafo: «*Los bereberes y sus hermanos los tuaregs, las diversas tribus nómadas de beduinos, constituyen sin duda un arcaico y fascinante mundo de supervivientes*»...y aunque no en forma explícita, habita en el texto de nuestro viajero una cierta complacencia por el modo en que se han enlazado aquí la naturaleza y los hombres, a salvo de otras muchas desavenencias: «*Los pobladores de los oasis del noroeste sahariano, perdidos entre los ergs, —arenales—, y las amadas, —pedregales—, han construido y ataviado sus casas con una increíble fantasía artística, han opuesto a la belleza despiadada del desierto el lujo humilde de otra acogedora belleza. Junto a la gama casi exclusiva de los ocres minerales, surgen el añil de las maderas, el blanco de los frisos o el siena del adobe. Trogloditas o pájaros,*

14 «Oasis, fronteras y supervivientes». Revista Marie Claire. Madrid. 1989. (en «Copias... pp. 73-76).

15 En «Por el Bajo Guadalquivir»; El País. 22.noviembre.1986, (En «Copias... pp. 152-156).

viven dentro del paisaje, lo cultivan y ornamentan como si ellos fueran los únicos legatarios del paisaje». Como en la anterior referencia a Herodoto, también aquí Caballero Bonald hace uso correcto de la terminología geográfica y evidencia que en su actitud viajera la predisposición subjetiva no es incompatible con el uso de los rudimentos del conocimiento científico, actuando así en línea con las posiciones que hemos esbozado en los párrafos iniciales.

Tal vez sea en el largo relato en que traslada su navegación por el río Magdalena (vid. Nota 9) donde Caballero Bonald ofrece con mayor nitidez su dimensión de viajero alimentado con importantes preocupaciones geográficas. El autor nos trasladará también aquí su descubrimiento de la selva y del trópico, ya atisbado en sus recorridos por las cercanías bogotanas. El recorrido fluvial, entre Barrancabermeja y Barranquilla, donde se «*percibe el aliento atlántico*», le permite conocer paisajes recónditos de la Colombia interior, viejos parajes rurales que se han debido acostumbrar a las bruscas irrupciones de la nueva economía del petróleo: «*El Magdalena parecía un lago, envuelto en tórridos pasadizos de bruma y vientos aceitosos. Por encima del caserío de Barrancabermeja, humeaban las chimeneas de la refinería, con la inagotable llama de gas de sus setenta mil barriles diarios procedentes de los crudos de Casabe. Era mucho petróleo para que el aire estuviese limpio y para que no se adhiriera a la garganta un rancio regusto fabril...se respira un caliente hedor a combustible mezclado con la virginidad de la vegetación*». Por todos los espacios que orillan al gran río colombiano surgen referencias a la inmersión en el tórrido ambiente del trópico, en la sofocante mezcla del calor y la humedad que de forma tan rotunda se apodera de las sensaciones del viajero: «*El puertecito fluvial de Barrancabermeja, con sus verdinosos pantalanes y sus menguados andenes, bullía con el aromático trajín de la mañana... Hacía un calor endiablado, y algo parecido a una grasa caliente se metía a rachas por la boca, taponando la respiración y pegando al paladar las pastosas podredumbres del aire*». Y en la misma Barrancabermeja, donde principia su camino, percibe también el autor los primeros atisbos de la selva: «*...En la otra orilla de Barrancabermeja está la selva; al menos, el lujurioso muestrario de las omnipotentes vegetaciones del trópico. Yo miraba con el corazón encogido esa natural orgía de la flora, la hoguera del color pintada en un horizonte como a punto de calcinarse*».

Las descripciones que nos deja acerca de la selva contienen elementos de alto interés geográfico, expresados con gran belleza. Y como le sucediera en sus encuentros con los oasis y el desierto, también aquí la naturaleza le provoca sugerencias literarias, de forma que más allá del sesgo de nuestra interesada mirada de sus textos, es el propio autor quien destaca la conexión entre la Geografía y la Literatura: «*El sol envolvía el ámbito vegetal en un halo cegador. Por una presumible asociación de ideas, pensé en las historias literarias de las selvas del Vaupés y del Amazonas, al tiempo que mi sensibilidad mediterránea se contraponía implacablemente al concepto genuino de la selva, a ese mundo indestructible donde se desmorona sin tregua el mundo. Es cierto que la selva se aniquila y se engendra a la vez. A la continua devastación, a la incansable podredumbre, sigue la lozanía, la continua restauración. La selva se aniquila a sí misma porque a sí misma se procrea, y de esa cíclica tendencia a la nada surge la plenaria inclinación al todo*». Caballero Bonald vuelve a esbozar la escala mediterránea, —proyección de su subjetividad—, y por ello el trópico surgirá ante él sobretodo como una geografía desmesurada: «*...pensé que todas las geografías en las que hasta enton-*

ces había vivido no pasaron de ser unas réplicas pueriles de los mapas escolares», exigiéndole una «nueva sensibilidad ante el paisaje» y un esfuerzo para superar su sorpresa ante el hallazgo de ese «atisbo de plenitud ante un espacio físico que jamás había vislumbrado antes». Y es también en este encuentro con el trópico, —que el viajero sitúa a su llegada a Puerto Wilches—, cuando vuelve a una de sus más consistentes convicciones acerca del significado mítico de lo natural, del íntimo misterio de su regeneración, de «la sensación de estar descubriendo algo así como el germen nutricio de la naturaleza, un primario estadio de virginidad dentro de su proceso evolutivo», algo que encontramos también en sus aproximaciones al mundo de Doñana.

La selva tropical impresiona al viajero que la percibe como albergue de una fastuosa diversidad biológica: «Amanecía en la selva. Amanecía en el mundo como si fuese la primera vez. Por detrás del pulido nácar del aire se oía la llamada de amor del piapoco, el acartonado desperezo de la iguana, el manso arrullo de la garza real, la nauseabunda cacería del zamuro o del zopilote o del aura tiñosa, aquí llamado gallinato. Todo un enjambre de gritos surgidos del tálamo y el observatorio, del comedero y el pudridero... un gran lagarto de pintas verdiamarilla surca como el rayo por las rugosidades de un tronco. Los cantos de los pájaros, innumerables y atronadores, se diluían en la crudeza de la luz, espesándola con algo de estallido de una bengala. Había que salir de ese cerco vertiginoso. La respiración del río me devolvió otra vez el entrecortado ritmo de mi propia respiración.

Algunas ideas podemos añadir respecto a otros valores geográficos de estos escritos. En sus relaciones con el paisaje tropical Caballero Bonald ejemplifica esa actitud que Ortega Cantero parecía alentar como propia del geógrafo, no sólo alguien que ve y piensa el entorno, sino también alguien que siente e imagina. Para poder relacionarse así con el espacio no sólo es importante lo que se observa, sino incluso aquello que no aparece ante la inmediatez de la mirada; es lo que nos describe Caballero Bonald en su percepción de la noche del trópico: «hubiese sido un despropósito cerrar los ojos incluso ante lo que ya no se veía, dejar de acechar los ruidos, de tocar las húmedas vetas del aire, de paladear el poderoso sabor de la noche. El trópico también reclama la exacerbación de los sentidos para intentar calcularle sus inconmensurables interioridades». Tampoco escapan a la observación de nuestro viajero otros fenómenos de clara significación geográfica. Especial interés tienen, a este propósito, sus diversas referencias al río Magdalena como canalizador de los intensos procesos erosivos que discurren por su geografía aledaña, acentuados por las fuertes pendientes de la misma, algo que le hará pensar en extraños «ríos verticales»: «Barranca iba quedándose atrás...el vapor se desliza con una pertinente lentitud por las terrosas aguas, entre cuyos opacos remolinos resbala hacia el mar el limo y el humus de media Colombia...No sé por qué gratuitas imaginaciones, pensé que el barco navegaba cuesta abajo y que, a la vuelta de cualquier recodo, el agua tendría que saltar forzosamente, buscando el nivel del mar. Desde que el Magdalena nace, allá por la alta laguna andina de su nombre, hasta que baja hasta Barrancabermeja, la cota superior viene a descender más de tres mil quinientos metros. Pero todavía queda bastante bajada hasta llegar al mar Caribe en Bocas de Ceniza. La verdad es que no estaba acostumbrado a los ríos verticales... El agua del Magdalena lamía con cenagosa voracidad las erosionadas orillas, desguazándolas y arrastrando con los desprendimientos una buena porción de la flora y la fauna de la geografía y la historia de Colombia».

## LA GEOGRAFÍA DE LO VIVIDO: CÁDIZ, DOÑANA Y EL BAJO GUADALQUIVIR

El ámbito triangular que se delimita entre la bahía de Cádiz, Jerez de la Frontera y Doñana, seccionado por la bisectriz del Guadalquivir, constituye el «espacio vivido» de Caballero Bonald no sólo por su nacimiento jerezano o porque por ellos discurrieran sus primeros descubrimientos del territorio<sup>16</sup>, sino porque es en él donde nuestro viajero ha decidido echar anclas, convirtiéndolo en una de sus residencias habituales y porque es también el mundo que alberga los relatos esenciales de su narrativa. Y a la inversa, esa producción literaria de Caballero Bonald es uno de los sustantivos factores connotativos de dichos espacios. Tal vez esa inmediatez que redundaba en un superior conocimiento haga que los textos viajeros de Caballero Bonald por estos parajes<sup>17</sup> contengan un mayor rigor, —incluso en términos académicos—, aunque ello no reste a sus descripciones de entereza literaria. Así, veremos aflojar su gran conocimiento sobre la ciudad de Cádiz<sup>18</sup>, sobre su historia y sobre el reflejo de ésta en su peculiar geografía urbana: *«O sea, que Cádiz es un navío que llegó de Oriente y echó anclas en mitad del mundo, una especie de faro divisorio entre la antigua civilización mediterránea y los nuevos rumbos americanos...En Cádiz, si bien se mira, hay por lo menos tres Cádiz: el antiguo, que va de los fenicios a los romanos; el que llega de un salto al neoclásico, y el de hoy mismo, que anda un poco atascado»*. Y en otro lugar Caballero Bonald describirá a la ciudad vista desde el mar: *«Desde el mar, Cádiz parece una ciudad de perfil bizantino, una ciudad un poco sumergida, espejeante de cúpulas y minaretes, con un cielo superpoblado de gaviotas, antenas, jarcias y otros efectos navales. A medida que uno se acerca, el color de plata difusa se va enriqueciendo con el malva y el amarillo. No hay tejados, sólo hay pretiles, azoteas que se comunican entre sí formando como otra ciudad aérea por donde una luz absolutamente clásica unifica la tonalidad del agua y del cielo*. En general, todas las aproximaciones estéticas del autor a Cádiz giran siempre sobre la indisoluble alianza de la ciudad y el mar, una ciudad edificada *«de piedra ostionera»* marina y que por el mar adquiere su fisonomía y sus modos de ser: *«la blancura de Cádiz está plenamente entronizada en las azoteas, en los altos minaretes que dan a la ciudad una cierta apariencia decorativa de puerto norteafricano: ese enjambre de torres vigías desde donde los mercaderes avistaban sus cargueros o las muchachas de fin de siglo veían las fragatas que volvían de Cuba. Por supuesto que Cádiz ha estado siempre más cerca de La Habana que de Madrid. Incluso en los modales»*.

16 Su «Tiempo de guerras perdidas» (1995) relata minuciosamente toda esta primera etapa de su vida hasta el momento de su primer y decisivo desplazamiento a Madrid.

17 Son los más numerosos de su «narrativa menor» o viajera. Por sólo seleccionar ahora los incluidos en la antología de «Copias del natural» (op.cit.), citamos, «El rastro perdido de Tartessos» (El Mundo. Madrid, 18 de agosto, 1996); «Visiones de Doñana» (La naturaleza en España. Instituto de Agricultura. Madrid, 1988); «Paseo a bordo de Cádiz» (Viajar. Madrid, 1978); «Por el bajo Guadalquivir» (El Mundo. Madrid, 4 de julio de 1998), así como otros en que se adentra por la global geografía andaluza: «Andalucía, enigma al trasluz» (Congreso de Cultura Andaluza. Almería, 1989); o por los territorios de la provincia de Cádiz: «Los pueblos de la frontera» (Viajar. Madrid, 1976), y «Nuboso en el Estrecho» (El País. Madrid, 5 de Febrero, 1988)

18 Caballero Bonald vivió varios años en Cádiz, en tanto cursaba sus estudios en la Escuela Superior de Náutica, época en la que escribe sus primeros poemas, relacionándose activamente con los componentes del grupo poético «Platero» de esa ciudad. Los textos que ahora recogemos pertenecen a «Paseo a bordo de Cádiz» (Copias... pp. 59-68).

El Guadalquivir aparece siempre en conexión con el espacio de las marismas y de Doñana. El gran río andaluz es un vial para mejor recorrer y conocer este paisaje de llanura sobrecogedora y monótona donde, no obstante, habita una diversidad de vida que el autor describe de modo sugestivo: *«La navegación por el río, una vez rebasados los ribereños pinares de Doñana, no es particularmente amena. A estribor van quedando las enfilaciones de La Algaida, Trebujena y Lebrija, lugares de segura vinculación tartésica. Tal vez se alcance a ver una familia de gamos pastando en un ribazo agujereado de guaridas de cangrejos, o la sombra huraña del jabalí cruzando por el sotobosque; tal vez un escuadrón de flamencos atraviese el ancho cielo del río con rumbo a los esteros de la bahía. Si ha llovido con ganas, la marisma es un mar sin fondo, pero si no ha llovido, a lo más que se parece es a un erial calcinado. En ambos casos la mirada se pierde por un horizonte que no es sino la repetición obstinada del sentido lineal del horizonte»*. El río es también la frontera que nos une o nos separa del espacio que más reclama la atención del viajero, Doñana, sinónimo de la «mater terrae» que Caballero Bonald ha entrevisto también en las selvas del trópico: *«En Sanlúcar suelen llamar a Doñana la ‘otra banda’, y ese solo apelativo marca tajantemente una frontera: la que separa la cultura urbana de la cultura primigenia del bosque. En una banda está lo que somos, en la otra, lo que fuimos. Basta con asomarse a esos pinares medio invadido por los cordones móviles de las dunas para experimentar una sensación incorregiblemente libresca: la de estar hollando un país venerable y majestuoso, como protegido por las ejecutorias de lo sagrado, cuya virginidad enlaza con el viejo mito de la ‘mater terrae’, de la madre tierra que termina vengándose de todo aquel que se permite ultrajarla»*.

La relación de Caballero Bonald, —tanto personal como literaria—, con el paraje de Doñana es conocida y ya nos hemos referido a ello. Ahora hemos seleccionado algunos textos en los que Caballero Bonald expone, con admirable precisión y sentido geográfico, el esencial dinamismo vital de esta marisma en relación con el cambio estacional, lo que la confronta a la anual sucesión del esplendor y de la muerte: *«El viajero que ha recorrido en invierno o en primavera las marismas de Doñana, y vuelve en verano, debe pensar que se ha equivocado de geografía. Nada es ya lo mismo; todo se ha modificado hasta lo inverosímil. Lo que parecía un océano se ha convertido en un yermo; lo que fue una pradera de frondosa inmensidad recuerda ahora a una estepa. ¿Cómo se ha producido semejante alteración, qué ha hecho posible tan devastadora mudanza en ese territorio fastuoso?...»* la rotación de las estaciones que hace rotar también la configuración general de la naturaleza parece obedecer en las marismas a una estricta situación límite. Los efectos del calor y la benignidad climática, de la sequía y las lluvias, se movilizan en este enclave sureño con una contundencia asombrosa. Es un ciclo que parece contradecir las primigenias pautas vitales: al revés de lo que suele acontecer, el advenimiento del verano conduce aquí a la agonía y las avanzadas del invierno a la resurrección...Y todo ello porque, como señala el autor, confirmando la doctrina científica, *«el agua es obviamente la fuente nutricia; el principio esencial de la marisma. Del agua vive una flora innumerable —castañuelas, bayuncos, eneas, jaguarzos, candilejos, brezos—; nace una innumerable avifauna —ánades, fochas, somormujos, malvasías, espátulas, fumareles, flamencos, garzas— y, consecuentemente, la ausencia de agua coincide sin remisión con la muerte. Cuando cesan las lluvias y la violencia solar va adueñándose de la marisma, se produce una involución biológicamente implacable: la mayoría*

de las aves sucumben o emigran, la vegetación se calcina y se pudre y, con la evaporación de los últimos residuos de humedad, la tierra acaba cubriéndose de una costra cuarteada y estéril. No existe más acabada imagen de la acción aniquiladora de la sed que ésta del estío marismeño. Como tampoco hay imagen más exacta de la fecundidad que la de la llegada del invierno.

Como colofón a sus muchas reflexiones acerca de Doñana, no podían faltar en la obra de Caballero Bonald las alusiones a las repetidas amenazas que se han cernido y se ciernen sobre estas frágiles marismas, que no obstante suele acompañar con previsiones llenas de un optimismo que no se funda en una presumible acción razonable de los hombres, sino en la pujanza irresistible de la naturaleza: «Doñana es indestructible. A pesar de tantos síntomas de menoscabo, la 'tierra-madre' acaba siempre castigando al que la ultraja. Incluso en esa extenuante época estival, cuando el inmenso territorio marismeño es ya un paisaje estepario, sembrado de osamentas y agrietado por el sol, se filtra por alguna fisura de la aridez como un simbólico aviso de regeneración. Volverá el agua y, con ella, la vida: renacerá la población de ánades más numerosa del mundo, sobrevendrá una nueva y pletórica inundación y surgirá una maraña vegetal de incontenible exuberancia. Ninguna codicia o acechanza del hombre podrá nunca impedir del todo ese cíclico y maternal triunfo procreador de la tierra». Que así sea.

## BIBLIOGRAFÍA

- ANDERSON, F. (1985): *Espacio urbano y novela: Madrid en Fortunata y Jacinta*. Ed: Porrua, Madrid.
- BERQUE, A. (1994): «Paisaje, milieu, histoire»; en VV.AA.— *Cinq propositions pour une théorie du paysage*. Champ Vallon. Paris.
- CABALLERO BONALD, J.M. (1999): *Copias del natural*. Alfaguara. Madrid.
- CARRERAS, C. (1985): «La ciutat de Barcelona a les novel·les de Joan Marsé». *Revista Catalana de Geografia*. Nº 1. Barcelona. págs. 46-58.
- CARRERAS, C. (1988): «Paisaje urbano y novela». *Estudios geográficos*. Madrid. Nº 191. págs. 165-187.
- CARRERAS, C. Y VILAGRASA, J. (1986): «La Geografía Histórica»; en GARCÍA BALLESTEROS, A. (ed.): *Teoría y práctica de la Geografía*. Madrid. Ed. Alambra. págs. 361-372.
- COLOM, J. (1978): «Ciudad y novela: organización del espacio y producción de imagen a propósito de 'Últimas tardes con Teresa', de Joan Marsé»; en *Literatura y Ciencias Sociales*. ICE. Palma de Mallorca.
- GASPAR, J. ET ALT. (1984): «Lisboa, espaço-tempo»; en AA.VV. *III Coloquio Ibérico de Geografía*. Barcelona.
- GÓMEZ MENDOZA, J. Y ORTEGA CANTERO, N. (1988): *Viajeros y Paisajes*. Ed. Alianza. Madrid.
- LITVAK, L. (1980): *Transformación industrial y literatura en España (1895-1905)*. Taurus. Madrid.
- MARTÍNEZ DE PISON, E. (1978): «El paisaje interior»; en AA.VV. *Homenaje a Julio Caro Baroja*. Madrid. C.I.S.

- MARTÍNEZ DE PISÓN, E. (2000): Imagen de la naturaleza de las montañas. En VV.AA. *Estudios sobre el paisaje*. Fund. Duque de Soria y Un. Autónoma de Madrid. págs. 15-53.
- OJEDA, J. et alt. (2000): «El paisaje como mito romántico. Su génesis y pervivencia en Doñana. En VV.AA. *Estudios sobre el paisaje*. Fund. Duque de Soria y Un. Autónoma de Madrid. págs. 343-356.
- ORTEGA CANTERO, N. (1987): *Geografía y Cultura*. Alianza. Madrid.
- VILAGRASA, J. (1985): «La Geografía histórica anglosaxona». *Revista Catalana de Geografía*. (Nueva Época). Nº 0. Barcelona. págs. 31-46.
- VILAGRASA, J. (1988): «Novela, espacio y paisaje: sugerencias para una Geosofía estética». *Estudios Geográficos*. Madrid. Nº 191. págs. 271-285.